

JEAN-PAUL SARTRE
Y SU CONCEPTO DE LA LIBERTAD

Serafín Coste P.



EN una época cuando vemos a la ciencia trascender el mundo, dotarlo de un sistema nervioso, difundirse por él, llegar incluso hasta el umbral de ese dominio que confiere el derecho de vida o muerte, he aquí que una vida y una literatura vienen a gritarnos que jamás ese mundo estuvo más alejado de nosotros, que es y será siempre intocable e inaccesible; que el hombre, el inventor de técnicas tan infalibles, el organizador de industrias tan poderosas, el relojero de esos movimientos celestes tan minuciosamente deducidos, ese hombre está sólo, cerrado en sí mismo, emparedado en su finitud, abandonado en su única condición: LA LIBERTAD; que, por lo demás, su libertad es el exilio y que se halla condenado a ser libre.

Hace tiempo que el objetivo de una filosofía se había visto expulsado de una "vida" con la que parecía estar en voluntaria incompatibilidad. El aforismo: "Primum vivere, deinde philosophari" da todavía testimonio de esa separación jerarquizada. He aquí que, desde hace varios años, el propio filósofo se convierte en "un ser en el mundo"; se hace hombre. Las melodías, por lo general amortiguadas a causa de su tradicional abstracción e ineptas para descender hasta los

tímpanos normales, hinchén con su pujanza los vocablos más corrientes, ganan las librerías, las escenas de ciertos teatros, las salas de conferencias y se aprestan a invadir las pantallas cinematográficas.

La filosofía ha cesado de chisporrotear únicamente en los santuarios o en las cimas de difícil acceso. Como antaño a los viejos dioses, se la encuentra hoy en las lindes de los caminos, surge de cualquier reunión y se ve propagada por el paseante reflexivo, por el empleado, por la entretenida, etc. Se ha puesto al nivel del individuo. Conmueve.

Claro, se estaba persuadido de que de las novelas y obras teatrales preferidas se desprendía una moral y, hasta una metafísica; había desde luego, en Balzac una filosofía a la historia; en Estendhal, una odisea del hombre frente a la libertad; en Proust, una metafísica del tiempo. Pero podríamos hacer caso omiso de ellos y limitarnos a guardar una simpatía enteramente personal, dejando todas las conclusiones éticas a los exégetas profesionales.

Empero, cuando nos acontecía tener que volver a releerlos, sólo lográbamos sentirnos realmente satisfechos si de las aventuras se desprendía una amplia teoría psicológica o una moralidad de carácter general.

Se le exigía al novelista del lenguaje que, sin ser el de los aldeanos con quienes se codeaba diariamente en los caminos, dejar al menos traslucir, bajo su elaborada distinción, los mismos impulsos, henchidos de pasión, las mismas inquietudes extenuantes y vividas, las mismas esperanzas humanas experimentadas por aquéllos. Más al crítico le estaba reservada la tarea de elevarse por encima de todas aquellas vivencias, satisfacer con una simple explicación el súbito anhelo de abstracciones.

En lo que concierne a Sartre, él nos veda hoy esta tradicional escisión. El no pudo en efecto, continuar sometiéndose a ese muro que separaba los dos antiguos caminos paralelos. Sus personajes no están ahí para sublevar sus destinos individuales a fin de que éstos vayan a condenarse, al otro lado de la pared, dentro de la generalización del crítico. Quieren

expresar por sí mismos esa significación conceptual, de la que son el sostén. Ellos mismos dicen todo lo que tienen que decir y todo cuanto puede decirse de ellos.

No son pasivos temas de estudios depositados en las novelas; son sus propios comentaristas exhaustivos. No esperan a que otros les identifiquen, a que los asimilen o clasifiquen a cualquier tipo literario o a cualquier criatura infra-humana; tampoco esperan que un conferencista los glorifique o los afrente; esos personajes realizan sus faenas por sí mismos.

La antigua tragedia de Orestes y Electra no basta, indudablemente, para saciar la inconmensurable apetencia de abstracción que experimenta este siglo; Orestes disertará por sí mismo, acerca de su propia libertad, y Júpiter en persona se tomará la molestia de sustituir el lánguido monólogo por una animada controversia. Los tres condenados de "A Puerta Cerrada", insignificantes y pésimos sujetos, definirán por sí mismos, el recóndito símbolo que encubren. Al héroe de "Los Caminos de la Libertad" apenas le costará trabajo hacernos comprender, a través de sus dichos y de sus monólogos interiores, las fluctuaciones que siente al elegir o las alternativas que se presentan ante sus escrúpulos, porque, cabalmente, él mismo es profesor de filosofía. Incluso podemos ver, en "Muertos sin Sepultura", a cuatro personajes ya torturados o que van a serlo, exponer con valentía y gran lucidez, la razón de todas sus actitudes y todos sus silencios, y edificar, en sus mismas celdas, la metafísica de la tortura.

En cuanto al desesperado Roquentin, cuyas errabundas caminatas no lograrán interesar a las almas enamoradas, escogerás sus vagabundeos como una ocasión propicia para auto-analizarse y elaborar una filosofía de la angustia. Todos vienen a nosotros, todos nos dicen cuanto tienen que decirnos, sin dejar efectivamente a sus espaldas otra cosa que el silencio profundo, con excepción de algunos balbuceos, de su desorientación estupefacta.

Parece ser que la crítica no estaba habituada a estos personajes habladores que le ganan la delantera y que incluso la sustituyen decididamente, a la manera de esos sujetos irónicos

que prevén y expresan el pensamiento del interlocutor, que plantean por sí mismos las objeciones, formulan preguntas y respuestas, abundan en su sentido y le dejan completamente desarmados ante los residuos exteriores de sus más íntimos juicios. Hoy mejor que nunca se comprende la aversión usual de la crítica hacia esos personajes que se presentan a sí mismos, que inmediatamente advierten que es inútil tratar de pasar, con sus verdades al desnudo, por cínicos fastidiosos.

Sin hacerse esperar, Sartre realizó una de las más positivas de sus propias críticas. Las meditaciones de "La Náusea", los punzantes relatos de "El Muro", los diálogos de "Las Moscas" tuvieron, pues, que ser comentados y explicados en textos, dentro de los cuales el lenguaje corriente sustituía a la dialéctica. Tuvo, incluso, que alternar las obras literarias con las filosóficas: "La Náusea"; "La Imaginación"; "El Muro"; "Lo Imaginario"; "Las Moscas"; "El Ser y La Nada", "A Puerta Cerrada".

Estos son los personajes de Sartre vistos de una forma general. En lo que nos resta de este artículo veremos al Sartre hombre, con su ambiente y sus reacciones al mismo, el cual lo tomó de la mano para mostrarle el camino que sólo él podía trazarse, el de la LIBERTAD ABSOLUTA.

PRIMERA FASE:

El primer período de su vida podemos decir que comprende desde su nacimiento hasta los trece años; se encuentra ese elemento de ambigüedad que permanecerá en él inalterable a lo largo de su evolución.

Estos primeros años están señalados por el conflicto religioso. Conflicto que se manifiesta en "Mitad Católico, Mitad Protestante". En su corazón acechaba la fe de los otros, no su convicción personal.

Este conflicto se puede caracterizar por dos oposiciones fundamentales. Por una parte la familia, lleno de ternura mientras seguía siendo huérfano de padre, hijo de nadie. Este

mismo conflicto, profundizado por el mismo Sartre se expresa en términos más filosóficos como "PURO OBJETO" y "FONDO FRIO; INJUSTIFICADO".

En su obra "Las Palabras", son muchas las páginas que este autor dedica a su familia. Su padre, oficial de marina, murió joven. Sus abuelos paternos no tuvieron prácticamente ninguna influencia en el pequeño Jean-Paul. El abuelo, médico rural, se casó con la hija de un rico propietario. Al poco tiempo descubre que su suegro no tenía el dinero que se pensaba y, ultrajado, el doctor Sartre, permanece cuarenta años sin dirigir la palabra a su esposa. Compartía su lecho, y de vez en cuando le daba un hijo. Así nació Jean-Baptiste, padre de Jean-Paul Sartre.

La familia de su madre fue la que ejerció mayor influencia en su niñez. Los abuelos maternos, Charles Schweitre y Louise Guillemin, eran a la vez naturalistas y puritanos. Este era también un matrimonio dividido. Louise, viva y maliciosa pero fría, pensaba derecho y mal, porque su marido pensaba bien y atravesado. Louise, incrédula, hizo a sus hijos creyentes por disgusto con el protestantismo.

Charles, el abuelo, "se parecía tanto a Dios padre que a menudo se le confundía con él. Me llamaba su pequeñito con voz que temblaba enternecida, mientras las lágrimas inundaban sus ojos fríos" (Las Palabras).

A todo lo dicho se unía una incredulidad sarcástica que influirá enormemente en la religiosidad y en el sistema de Sartre. "No se perdía la ocasión de ridiculizar el catolicismo. Sus conversaciones de sobre mesa se parecían a las de Lutero..." (Las Palabras). En estas conversaciones Anne-Marie, la madre de Jean-Paul, "se guardaba mucho de intervenir; ella tenía su Dios privado" (Las Palabras) y no le pedía más que la consolara en secreto. La madre era más bien una hermana mayor para él. Ella le contaba sus desgracias y él la escuchaba quizás hasta con compasión; él pondrá su joven importancia a su servicio. Le obedecerá? No, sino que accederá bondadosamente a sus súplicas. En el fondo la verá siempre como una extraña.

Tanto en la familia del padre, como en la de la madre de Jean-Paul se da un rasgo significativo: la separación, el

conflicto, la dualidad. Este rasgo será una pesada herencia para el niño y ayudará a determinar su actitud madura. Es una confesión del mismo Sartre:

El debate proseguía en mi cabeza, debilitado: otro yo mismo, mi hermano negro, rechazaba lánguidamente todos los artículos de fe: yo era a la vez católico y protestante, juntaba el espíritu crítico al espíritu de sumisión. En el fondo, todo esto me machacaba: fui conducido a la incredulidad no por el conflicto de los dogmas, sino por la indiferencia de mis abuelos. (1)

Cuando el pequeño Jean-Paul empieza a actuar por sí mismo, cuando el niño hace sus gracias es objeto de admiración. Toda la familia le aplaude. Se monta en torno a él una gran comedia.

Este pequeño actor triunfa. Toda su ilusión es agradar, ser admirado. Empieza al dividirse interiormente. "Tengo palabras de niño, se conservan, me las repiten; aprendo a hacer otras. Tengo palabras de hombre: se me ocurren cosas por encima de mi edad". (Las palabras)

Es verdad que en sus recuerdos de infancia hay mucho de elaboración posterior. Pero la línea general responde a una realidad. Y esa línea nos da la impresión de escisión, de ruptura interior de la que no podemos desprendernos.

La comedia familiar me sirvió: se me llamaba donde el ciclo era una burla y yo no ignoraba; cebado de ternura, tenía la lágrima fácil y el corazón duro: quería llegar a ser un regalo útil a la búsqueda de sus destinatarios. (2)

Uno de los rasgos más característicos de Sartre es su desprecio a la paternidad. Quizás también una de las causas fundamentales de su ateísmo y como consecuencia de su postura última.

Los hombres, me importaban poco, pero, ya que hacía falta pasar por ellos, sus lágrimas de alegría me hacían saber que el universo me acogía con reconocimiento. Se puede pensar que era muy impertinente; No: yo era huérfano de padre. Hijo de nadie, yo fui mi propia causa, colmo de orgullo y miseria. (3)

La muerte prematura de su padre, cuando aún no llegaba a los dos años de edad, fue el gran negocio de su vida; *lo que le dio la Libertad*. Para Sartre el padre es una carga pesada que hace insoportable la vida: "si hubiera vivido, mi padre se hubiera acostado sobre mi todo a lo largo y me hubiera aplastado. Por suerte, él murió a edad temprana..." (LP p.80).

Para Sartre, la paternidad no consiste sólo en engendrar hijos, sino, sobre todo, en tenerlos. Es decir, posesionarse de ellos, considerarlos como una cosa que se tiene y se puede manejar, dirigir. Eso va en contra de la Libertad de cada uno.

Podemos preguntarnos, ¿cuáles fueron las consecuencias de esa orfandad? El mismo Sartre enumera algunas y deja adivinar otras. En primer lugar, suscribe la afirmación de un psicoanalista: él no tiene superego, en el sentido freudiano. La "censura" no interviene para nada en su vida. No se siente atado por ligaduras morales, de lo que deduce que es *plenamente libre*.

Los recuerdos que tiene de su padre, lo que sabe de él, es algo totalmente extrínseco. "Si él me ha amado, si me ha cogido en sus brazos, si ha vuelto hacia su hijo sus ojos claros, hoy comidos, nadie guarda memoria de ello: son penas de amor perdidas" (LP p.12).

Las alusiones que Sartre hace a su padre son un poco chocantes porque van llenas de ironías por su falta de respeto y en el fondo, por su lejana afectividad.

(mi padre)... se casó (con mi madre), le hizo un hijo al galope, yo, e intentó refugiarse en la muerte. (4)

Mi suerte fue el pertenecer a un muerto: un muerto había derramado las gotas de espermatozoides que son el precio ordinario de un niño. (5)

Sartre se siente ligero. No es un jefe ni aspira a ello. La autoridad nace de la paternidad. Y Sartre no ha aprendido a obedecer, y, por tanto, nunca ha sabido mandar ni dar una orden sin reír y sin que se rían de él.

Unidas a estas consecuencias, que Sartre llama ventajas, no se puede dudar de que hay una especie de nostalgia del padre. Esta nostalgia se detecta en dos campos: el exilio terreno y el exilio celeste.

Al morir Jean-Baptiste, el pequeño Jean-Paul se sintió abandonado. Libre, sí, pero solo. Un hombre desarraigado, un hombre sin destino, sin oficio. Cuando pequeño armaba demasiado ruido, su madre le decía: "Ten cuidado, no estamos en casa...". (P. Pág., 19)

Nosotros no estuvimos nunca en nuestra casa ni en la calle Le Goff, ni más tarde, cuando mi madre se volvió a casar. Yo no sufría porque me prestaba todo; pero me sentía abstracto. Para el propietario, los bienes de este mundo reflejan lo que él es; a mi me enseñaban lo que no era; yo no era ni consistente ni permanente, yo no era necesario para la producción del acero; en una palabra, yo no tenía alma. (6)

Este vivir en el exilio terreno tiene una proyección trascendente. En vez de sentir esta indigencia como una ineludible condición humana, como una llamada a algo superior, a una morada celeste, será este mismo sentimiento el que le llevará más tarde a la experiencia de La Náusea, al sentirse "de más".

En el plano de la religiosidad, la falta del padre le ocultará el misterio de Dios.

Yo no podía sacar de mí el mandato imperativo que hubiera justificado mi presencia sobre esta tierra ni conocer a nadie el derecho de dármele... Permanecía...falso de un Dios o, simplemente, de un padre. (7)

Esta soledad contrasta con la comedia familiar. La ternura, los mimos, la admiración, el cariño al caer sobre Jean-Paul, huérfano, hijo de nadie, creaban en él un conflicto profundo una dislocación interior. Nunca el ambiente de la casa de sus abuelos pudo sacarle de su soledad interior, de su indigencia connatural.

Este desnivel afectivo creó en él una división interna, una dualidad íntima que quizás le llevará a la neurosis.

Si de este conflicto vivencial pasamos al terreno más profundo de la existencia, nos encontraremos con una total correspondencia.

El encadenamiento parece claro: feminizado por la ternura maternal, debilitado por la ausencia del rudo Moisés que me había engendrado, infatuado por la adoración de mi abuelo, yo era puro objeto, predispuesto perfectamente para el masoquismo si hubiera podido creer en la comedia familiar. Pero, no; ésta sólo me agitaba en la superficie y el fondo permanecía frío, injustificado. (8)

Esta experiencia existencial de la infancia dará después, como fruto de la reflexión filosófica, los conceptos opuestos del "En-sí" y el "Para-sí", y del "Para-sí" y "Para-otro".

Tenemos el terreno predispuesto para la primera crisis religiosa. En el relato que Sartre hace de su infancia es difícil precisar el momento justo en que sucede. Sin embargo, hay dos momentos claros y perfectamente diferenciados: una primera ruptura violenta y una posterior desaparición llena de tranquilidad. Podríamos decir que la ruptura violenta es la mediación entre la inicial postura religiosa y la actitud atea final.

En el fondo el pequeño Sartre tiene razón al rebelarse contra esa caricatura de Dios. No es posible vivir en el temor, y como no encuentra la solución auténtica ni hay nadie que se la enseñe, se decide por el rompimiento, por la rebelión.

Esta ruptura violenta será el paso hacia un tranquilo prescindir de Dios hasta que éste desaparezca por completo. Y esto tendrá lugar en una experiencia serena, a los doce años, por la que llegará Sartre a la primera síntesis atea.

Una mañana, en 1917, en la Rochelle, esperaba a mis compañeros que tenían que acompañarme al liceo; tardaban, pronto no supe ya qué inventar para distraerme, y decidí pensar en el Todopoderoso. Al instante se desvaneció en el azul y desapareció sin dar explicaciones: no existe, me dije con admirada cortesía, y creí el negocio solucionado. En cierta manera lo estaba, ya que nunca, desde entonces, he tenido la menor tentación de resucitarlo. (9)

Esta fue la primera experiencia de los doce años. Parece, a primera vista, que ya no hay más que decir. Tenemos ya a Sartre perfectamente ateo.

Sin embargo, hay en las últimas palabras dos cuestiones un poco oscuras. En primer lugar, la expresión "en cierta manera". Parece como si quisiera indicar que esta experiencia no fue definitiva, que todavía habrá crisis posteriores. Y, después, esa falta de correlación entre los términos contrarios, pero no contradictorios. De alguien que no existe no se puede decir que está muerto.

Estamos así dispuestos a entrar en la juventud de Sartre e intentar descubrir el hilo conductor que nos desvele la evolución de su postura.

SEGUNDA FASE:

No se conocen, directamente, los años juveniles de Jean-Paul. Sus memorias sólo abarcan el período de su infancia

y es la hora en que no nos ha comunicado su historia íntima posterior. Es muy difícil el seguir la línea de su evolución, pero creemos que algunos datos sueltos nos pueden proporcionar ese hilo conductor que vamos buscando.

La vida externa de estos años está totalmente dedicada al estudio y a la enseñanza. El Bachillerato lo estudia en el liceo de La Rochelle. En 1924 consigue el difícil ingreso en la escuela Normal Superior. En la rue d'Un se formará durante cuatro años. Fracasa en las primeras oposiciones a profesor auxiliar, y, el año siguiente, 1929, consigue la "agregation". Es éste el período en que entabla amistad con Nizan, Herbaud, Aron y Simone de Beauvoir. Durante dieciséis meses hace el servicio militar en la estación de meteorología de Tauris. Y, a partir de 1931, ejerce como profesor de filosofía en el liceo de Le Havre. Después de un viaje de estudios a Berlín, vuelve a su labor de enseñanza.

En resumen, estos son los años externos. Pero ¿qué pasaba en su interior? Su infancia se ha cerrado con la crisis religiosa que estudiábamos en el apartado anterior. ¿Fue definitiva? ¿Fue lógica? Veamos nuevamente este texto:

No existe (Dios), me dije con admirada cortesía, y creí el asunto arreglado. En cierta manera lo estaba, ya que nunca, desde entonces, tuve la menor tentación de resucitarlo. (10)

¿Por qué dice Sartre "en cierta manera"? ¿Es que seguía existiendo para él Dios? El mismo nos lo explica:

Pero el otro permanecía, el invisible, el Espíritu Santo. (11)

La pregunta que surge ahora es la siguiente: quién es ese Otro: No puede ser el Dios de su infancia, pues éste ya está superado. No es el Dios de barba blanca que su abuelo encarnaba. No es el Dios indiscreto que siempre lo está mirando. Es algo muy diferente:

Yo tenía conciliábulos con el Espíritu Santo: "Tú escribirás", me decía. Yo me retorcia las manos. ¿Qué tengo yo, pues, Señor, para que me hayáis escogido?" Nada de particular. "Entonces, ¿Por qué yo" ¿Tengo, al menos, alguna facilidad de pluma?" "Ninguna. ¿Crees tú que las grandes obras nacen de plumas fáciles?" "Señor, ya que soy tan nulo, ¿cómo podré hacer un libro?" "Aplicándote" ¿Cualquiera puede, entonces, escribir?" Cualquiera, pero es a tí al que yo he escogido". Este truco era muy cómodo: me permitía proclamar mi insignificancia y, al mismo tiempo, venerar en mí al autor de futuras obras maestras. Estaba elegido, marcado, pero sin talento. (12)

Del fingido diálogo infantil con el "Espíritu Santo", pasará ahora Sartre a no saber con quién dialogar interiormente. Esta fuerza anónima y Sagrada era totalmente extraña, permanecía lejana y sin voz.

De aquél (el Otro) me costó mucho trabajo liberarme, ya que se había instalado en la popa de mi cabeza entre las nociones comercializadas que usaba para comprenderme, situarme y justificarme. (13)

Esta reflexión de Sartre señala un paso importante en su evolución. Es en este momento cuando Sartre empieza a utilizar a Dios. En cuanto se convierte en una noción, deja ya de ser persona, pasa de ser Alguien a ser Algo. La persona es, precisamente, lo que no puedo utilizar. Y cuando el hombre empieza a servirse de Dios, lo empieza a aniquilar.

En el fondo, Sartre cae aquí, en esta época de su juventud, en el mismo defecto que achacaba a los cristianos. Utilizar a Dios para justificarse, para sentirse seguro, para explicarlo todo.

Cómo conseguirá Sartre liberarse de esa noción anónima?

Escribir fue, durante mucho tiempo el pedir a la muerte, a la religión enmascarada, el arrancar mi vida del peligro. Me convertí en "clerical". Militante, quise salvarme por las obras; místico, intentaba desvelar el silencio del ser por el rumor contrariado de las palabras, y, sobre todo, confundía las cosas con sus nombres; eso es creer. (14)

He aquí un texto de difícil interpretación. Trataremos de interpretarlo para que nos aclare su sentido.

Comienza Sartre por decir lo que fue para él el comienzo de su vocación de escritor. Una ansia deliberarse del peligro. Ya que no podía sentirse justificado por la presencia de un padre o de un Dios, su vida entera corría peligro.

Entonces se vuelve hacia la muerte, que no tiene aquí el sentido de desaparición del mundo, ni de tragedia, sino que simboliza todo lo contrario: la inmortalidad del escritor por la pervivencia de sus obras, y hacia la religión enmascarada, es decir, la evasión hacia otra vida, la huida de la realidad, la salvación asegurada.

Esta actitud de búsqueda no era sincera. No había autenticidad en ese idealismo militante. Eso es lo que nos quiere decir Sartre, en la segunda parte del texto que analizamos.

Ser "clerical" equivale, para Sartre, a ser fanático idealista. Alienarse con la alienación más peligrosa: la de la acción. Confundir las cosas con sus nombres; creer, es decir, no profundizar en la realidad existente, sino contentarnos con las apariencias.

Esta actitud la critica duramente el mismo Sartre en una de sus mejores piezas teatrales. Toda la segunda parte de "Las Palabras" se titula "Escribir". Ya de niño los libros tenían para él una categoría sagrada: "Yo había encontrado no religión: nada me parecía más importante que un libro. La biblioteca era el templo" (LP. Pág., 127).

Después en su juventud permanece firme la idea: escribir para salvarse.

Junto a esta liberación personal, apunta la idea de

apostolado. El sentido de la vida no consiste en salvarse a uno mismo, sino también en salvar a los demás.

Se escribe para sus vecinos o para Dios. Yo escogí el escribir para Dios a fin de salvar a mis vecinos. (15)

Esto pensaba Jean-Paul en su niñez. Pero, en su juventud, cuando ya Dios había desaparecido,

Conservamos durante mucho tiempo él (Nizan) y yo el vocabulario cristiano: ateos, no dudábamos de que habíamos sido puestos en el mundo para lograr nuestra salvación, y, con un poco de suerte, la de los otros. (16)

Cuándo llegará la liberación total? Esta liberación será fruto de otra crisis, más profunda, más humana, más existencial. Pero esto entra dentro de la etapa siguiente.

Nos preguntábamos al principio de la evolución sartriana si era lógica una frase en la que se apuntaba lo siguiente: Sartre no siente tentaciones de resucitar a un Dios no existente. Aquí tampoco daremos la respuesta. Quizá sea éste uno de los puntos más interesantes que se dilucidarán en los años que siguen a su experiencia de la "Náusea".

TERCERA FASE:

Podemos decir que la etapa de madurez humana en Sartre comienza en 1938 con la aparición de su primera obra de peso, "La Náusea". No es fácil precisar la duración de este período en la evolución interior. Creemos que entre 1952 y 1954 Sartre sufre una nueva crisis interior y liquida la actitud de lucidez y triunfalismo. Externamente esta crisis no se manifiesta hasta 1964 en que publica "Las Palabras".

Una vez sugeridas estas precisiones, bosquejaremos los hechos externos más importantes de esta época.

Jean-Paul Sartre pasa de humilde profesor de instituto a

escritor famoso. Este cambio afectará definitivamente su vida. En el fondo es un volver a la situación equívoca de la infancia: allí era la comedia familiar, ahora será la comedia social. Esta situación de hombre público le obligará a radicalizar su actitud interior y, sobre todo, a construir un sistema, una doctrina sólida y coherente.

Y todo esto se fraguará en el clima ambiental de la segunda guerra mundial. Este mundo circundante servirá al mismo tiempo de melodía y de música de fondo. Sartre ha tenido una enorme preocupación por captar los signos de los tiempos. Consideramos que lo mejor que ha dado el marxismo es ese sentido histórico que obliga al compromiso con la actualidad.

Ese mismo sentido de actualidad le llevará al ritmo de la Europa reconstruida y triunfante hasta el clímax del triunfalismo ateo. Viajes, conferencias, congresos, todo el conjunto de actividades del hombre famoso y aplaudido.

He aquí las líneas generales de su actuación exterior. En su evolución interna este período tiene poco de original. En el fondo, no es más que la expansión hacia fuera de algo que se venía ya gestando en los años anteriores. Es interesante, sin embargo, señalar los puntos fundamentales para seguir el hilo de la evolución de su actitud que venimos estudiando.

La existencia de Sartre empieza aquí a echar sus raíces.

Conseguí, a los treinta años, este buen golpe: escribir *La Nausée*— bien sinceramente, se me puede creer— la existencia injustificada, salobre de mis congéneres y poner la mía fuera de causa. (17)

La experiencia de "*La Náusea*" ha sido descrita. Es tema obligado de toda la bibliografía sartriana. Las páginas en que Antonie Roquentin, en el parque, contempla la raíz de castaño y se siente "de más". "De más por toda la eternidad".

Yo era *Roquentin*, mostraba en él, sin complacencia, la trama de mi vida, y, al mismo tiempo, yo era yo,

el elegido, analista de los infiernos, fotomicroscopio de cristal y acero inclinado sobre mis propios sueros protoplasmáticos. (18)

Es la experiencia interior del vacío, del absurdo, de la inanidad. La trama interior de la vida que se descubre en un instante, de golpe, brutalmente. Es una de esas experiencias límites en que uno se enfrenta, sin mediadores, con la propia existencia.

En términos de filosofía clásica se llamará a este momento la experiencia de la contingencia. Es un momento decisivo en la vida de un hombre. Un momento angustioso en el que se agolpan todas las herencias, los condicionamientos, las vivencias, y se abren ante nuestros pies mil caminos. Es el instante en el que se decide la autenticidad de un hombre.

Se impone la elección, el partir de cero, el reconstruir la propia vida. No hay agarradero posible, ni flecha indicadora, ni marcha atrás posible. Hay que elegir, hay que sacrificar mil destinos posibles y escoger uno sólo. Hacer la opción de la realidad. En este momento se encuentra Sartre. Tiene treinta años, la plenitud humana, un pesado fardo a la espalda, su infancia, su juventud y un interrogante por delante: ¿Qué camino escoger?

Sartre elige la Libertad. Una libertad absoluta, total, sin límites ni frontedras. Una libertad "liberadora", y que algunos la han llamado al mismo tiempo cruel y despiadada. La Libertad de la existencia injustificada. Hombre sólo entre los hombres y para los hombres.

No hay duda de que esta elección es plenamente sincera, aspecto muy positivo en Sartre. Es el nudo final de una cuerda que han ido tejiendo los años. Por ella Sartre se vuelve hombre auténtico, sin temores. Hubiera podido elegir cualquier otra actitud. Para muchos autores que han contemplado esta lucha y esta elección es algo triste, pero hay que tener presente que es algo digno de respecto. La intimidad de cada persona es totalmente inalienable y sagrada.

Ahora Sartre está en su plenitud. Su figura es popular. Funda una revista. Sus libros se venden a millares. Surgen sus obras teatrales que son aplaudidas en los escenarios. Es el momento del éxito, de la fama, del triunfo. Dentro de este ambiente, Sartre empieza a formular su concepto de libertad.

“Que haga ahora lo que quiera, libre es”. ¿Quién no ha escuchado esta declaración mal humorada en labios de un padre de familia al hablar de un hijo (20 ó 25 y aún 30 años) que acaba de menoscabar en lo vivo ese sistema de los valores paternos largamente inculcado en él mediante una educación bien orientada? . No sin cierto rencor, el propio padre se jura entonces a sí mismo “no hacer nada” por el hijo autónomo. Le deja, le abandona en su soledad, no le impone ya ninguna jerarquía moral ni deber alguno. Pero interiormente se siente vengado al solo pensamiento de que su hijo pródigo tendrá que abocarse ahora a todos los problemas, que construirlo todo, sobre los cimientos que él mismo tendrá que echar, que combatirse consigo mismo dentro de su propio aislamiento. “Queda abandonado a sí mismo, es libre” vuelve a repetir el padre. Y lo que le conforta es que, precisamente, su hijo *queda condenado a ser libre*.

Tal es el sentido que hay que conferir a la palabra “libre” cuando Sartre nos dice: la criatura humana es libre. Se ve arrojada ahí, existe sin saber por qué y sin poder impedirse existir. Está dejada a sí misma, tiene que hacerse de acuerdo con su propia iniciativa. Nadie puede hacer nada por él. Para él, vivir es escogerse a cada instante y sin esperanza de librarse de esa obligación, puesto “que no es libre de dejar de ser libre”. (19)

Así pues “existe” o “soy libre” son dos proposiciones sinónimas. Tal vez mi libertad se esconderá en la base, se ocultará a sí misma, me hará existir bajo la forma de una cosa. Será ella misma la que se escoja. Nadie puede responder por mí, sólo yo soy responsable de mí mismo, no podré inventarme excusas. Mi libertad es mi aislamiento en un medio extraño con el cual todo lazo es imposible.

Roberto Capbell, en su obra “Jean-Paul Sartre o Una Libertad Filosófica”, nos trae un testimonio de la ocupación

alemana a que Sartre hace referencia en su obra "La República del Silencio". Capbell nos dice que las personas que habían visitado Alemania en 1938 lo habían hecho notar: "No hay cohesión alguna posible entre los individuos; todos los grupos se hallaban disociados. Estábamos prevenidos de que el proyecto de los nazis era el de transformar el país conquistado en una multiplicidad de unidades separadas, de reducirlo a la esclavitud estableciendo en él yuxtaposición de las libertades. Y eso ocurrió bajo la ocupación, durante 4 años, nada pudimos hacer por los demás, ni los demás por nosotros". Fue imposible el compartir las responsabilidades.

...solos y desnudos ante verdugos bien vestidos que se burlaban de su carne miserable y a quienes una conciencia satisfecha, un poderío social, desmesurado, daban todas las apariencias de tener razón. Y, sin embargo, en lo más profundo de aquella soledad... una sola palabra bastaba para provocar diez, cien arrestos. Semejante responsabilidad total en la soledad total, ¿no descubre acaso nuestra libertad? .
(20)

Sería insensato pensar en quejarse de esa responsabilidad, de ese sentimiento de ser autores únicos e incontestables de un acontecimiento. Nada extraño a nosotros ha decidido aquello que padecemos o que vivimos todo cuanto me ocurre es mío. La guerra para la que he sido movilizado, es mi guerra, es decir: la que yo he aceptado, la que, por tanto, he merecido y escogido. La escogí hasta el fin; continué escogiéndola, prefiriéndola; no ha habido constricción alguna. Ninguna obligación podría haber actuado sobre mi libertad.

Cada uno de sus ciudadanos sabía que se debía a todos y que sólo contaba consigo mismo, cada cual realizaba, en el desamparo total, su papel histórico. Cada cual acometía, contra los opresores, la empresa de ser sí mismo irremediamente, y al elegirse a sí mismo con su libertad, elegía la libertad de todos. (21)

Algunos filósofos, entre ellos Descartes, reservan el epíteto “libertad” o “libre” para las acciones voluntarias. En Descartes, la voluntad es libre, pero existen “pasiones” del alma. Tal identificación de acto voluntario con el acto libre lo expresa el propio Roquentín en la escena del comienzo de “La Náusea”, al tratar vanamente de recoger del suelo un papel sucio; a cada tentativa, se produce en él una inhibición y murmura: “No soy libre, no puede hacer lo que quiero”. (22)

Es imposible determinar en cada caso particular lo que corresponde a la voluntad y a la libertad en el caso planteado.

Lo que interesa a Sartre es aclarar la relación entre la libertad y lo que se llama voluntad. Para él, hay una tendencia muy difundida que tiende a asimilar los actos libres a los actos voluntarios, y a reservar la explicación determinista para el mundo de las pasiones. Sartre niega dicha tendencia que para él sería considerar al hombre como libre y determinado a la vez. El problema crucial es el de las relaciones entre esa libertad incondicionada y los procesos deterministas de la vida psíquica.

Esta discusión muestra que son posibles dos soluciones: o bien el hombre está íntegramente determinado..., o bien el hombre es íntegramente libre. (23)

Para Sartre el estudio de nuestra voluntad ha de permitir adelantar más en la comprensión de la libertad. Es que si la voluntad ha de ser autónoma, es imposible considerarla como un hecho psíquico dado.

...lejos de ser voluntad la manifestación única o, por lo menos privilegiada, de la libertad, supone al contrario, como todo acaecimiento del para-sí, el fundamento de una libertad originaria para poderse constituir como voluntad. (24)

La libertad concebida por Sartre es esencialmente dinámica; es un hacer y un hacerse al mismo tiempo. Cada

individuo es incompleto; tiene que crearse a sí mismo. No sólo tiene que determinar sus actos psíquicos, éticos o estéticos, sino que cada persona tiene que determinarse ontológicamente, ordenando su existencia conforme a la esencia que él ha elegido para sí.

En su obra "las Moscas", Sartre ha puesto justamente en escena esa captura del individuo por sí mismo. Al comienzo del drama se ven todos los habitantes de Argos exentos de todo sentimiento de responsabilidad individual, desposeídos de sí mismo, zambullidos en una especie de hipnosis colectiva, a tal extremo de llegar a tomar los crímenes ajenos como propios y se arrepienten, en coro, del asesinato de Agamenón, que sólo ha sido cometido por el rey. Se hallan aglutinados en un estado de arrepentimiento continuo, oscilan entre sí mismos y la imagen estremecedora que de sí mismos les ha pintado la autoridad exterior.

Existe un grito desesperado en el coro de harapos humanos, azotados por los tiros de una religión brutal, picados por las moscas, que encarnan la ira de Zeus, asustados de placer por los milagros. Cada uno de ellos hace un acto de constricción por todos.

¡Hiedo, hiedo! . Soy una corroña inmundada. Mirad, las moscas me cubren como cuervos. Picad, cavad, taladrad, moscas vengadoras, revolved mi carne hasta mi corazón obsceno. He pecado, he pecado cien mil veces, soy un retrete... (25)

Estos hombres aman su dolor, se dejan domar por sus remordimientos, no renunciarán a ellos de buen grado, se complacen en su condición degradada. Necesitan una llaga familiar y la cultivan cuidadosamente rascándose las con sus sucios dedos. Hasta el propio rey Egisto envidia los remordimientos de su mujer.

Lo sé, mujer, lo sé: vas a hablarme de los remordimientos. Bueno, te los envidio, te amueblan la

vida, yo no los tengo, pero nadie en Argos es tan triste como yo. (26)

Una conversación con su hermana Electra le lleva a anunciar el intento de abandonar la ciudad maldita. En su ansiedad, se siente al borde de la angustia. Comienza a sentir su libertad, mas todavía continúa feliz y fiel a su antigua moral dogmática. En su confusión invoca a Zeus pidiéndole que le indique el camino del bien.

Entonces se produce el gran acontecimiento, acontecimiento que tiene por consecuencia arrancar definitivamente a Orestes de su consulta piadosa. Empieza a rechazar las exhortaciones a la obediencia ciega.

Entonces...eso es el bien. Agachar el lomo. Bien agachado. Decir siempre perdón y gracias...es eso el bien. El bien ajeno...Electra. (27)

Orestes escoge la crisis y saliéndose de los caminos trillados, de los caminos de todo el mundo, escogerá el suyo, el único camino que puede seguir, que sólo él puede seguir, aquel del que no cabrá en lo sucesivo separarse y que lo convertirá en el más insustituible de los seres.

Qué lejos estás de mí, de pronto... Cómo ha cambiado todo. Había en mí y en mi alrededor algo vivo y cálido, algo que acaba de morir. Qué vacío está todo...qué vacío inmenso, interminable... (28)

Es uno de esos instantes decisivos en que la libertad ha caído sobre él como un rayo; Orestes ve emerger en sí mismo una nueva voluntad de dominio. Asumirá a solas, un acto que será el suyo: el asesinato de Egisto. Con él librára a los Argios de la tiranía que los tiene subyugados; les estirpará los remordimientos anónimos que los ofuscan. Orestes, por sí solo les arrancará a la fuerza los remordimientos de la conciencia común y librára con ello a la ciudad de aquella carga. Entonces, escogiendo su libertad, escogerá la libertad de todos.

Soy libre, Electra; la libertad ha caído sobre mí como el rayo.

... Y cuanto más pesado es de llevar, más me regocijaré, pues él es mi libertad. (29)

La Libertad acaba de hacer explosión en el alma de Orestes y, a partir de ese momento, nada podrá detenerlo, los dioses son ya impotentes contra él. Elige su propio camino, sólo él va a continuar su ruta.

Una vez que ha estallado la libertad en el alma de un hombre, los dioses no pueden nada más contra ese hombre. Pues es un asunto de hombre. (30)

El hombre no puede ser libre sino en situación. Justamente es esta situación, definida en cada instante de la vida, la que lo hace único.

Se existe auténticamente cuando, aislado de todos, se funda a solas y por sí mismos los valores, sin que nadie pueda fundarlos más que uno mismo.

La novela corta de Sartre, "El Muro", es la primera del volumen del mismo nombre. Se puede interpretar esta palabra "Muro" como muerte. Efectivamente, La palabra "mur" significa muerte. Pero creemos que en el vocabulario de Sartre, aquel vocablo ha recibido una aceptación más amplia y que, en el conjunto de las novelas cortas incluidas en "El Muro", hay que ver toda la homogeneidad que el título ha querido referirles.

No solamente en la primera, sino en cualquiera de ellas, los protagonistas están enmurados en una situación, que es la de cada una de ellos. La protagonista de "La Cámara" nos dice: "Hay un muro pero tú estás del otro lado".

Eróstrate está terriblemente enmurado por su odio y sus perversiones sexuales. Los componentes del trío de "Intimidad" están cada uno por su parte, aislados, cerrados por sus vicios, por su estado civil, por sus deseos. En cuanto al famoso Luciano, es el hijo del jefe y tampoco puede liberarse de su

situación. Aunque a la postre se adhiere al partido comunista, se adhiere como hijo del jefe. Está enteramente enmurado en esa condición, no tan sólo por su nacimiento, sino por toda su infancia y educación. Esto no quiere decir que su esencia de jefe le preceda, porque, en lugar de aceptar el mundo establecido y los valores, hechos por sus antepasados, podría ser un marino, o un boxeador y dejar vacío el puesto que le esperaba. Mas está condicionado por su nacimiento, está enmurado y es en ese aislamiento donde tendrá que escogerse.

Se ve que las nociones de situación y autenticidad tienen que estar íntimamente ligadas entre sí y que la metáfora y autenticidad tienen que estar íntimamente ligadas entre sí y que la metáfora "muro" expresa esa relación. Pero la idea de la muerte no se halla forzosamente incluida en ella. Para percatarse mejor de lo dicho, basta con reflexionar acerca del alcance de la obra de Sartre "Muertos sin sepultura".

Cada uno de los personajes de esta obra, que son miembros de la resistencia, tendrá que escoger su actitud, no ante la muerte, sino ante la tortura. Todos ellos saben que el paciente no muere en una tortura perfectamente organizada; saben igualmente que habrán de ser interrogados unos tras de otros; que, por consiguiente, no habrá posibilidad de obrar como el hombre de la multitud, ni siquiera como el hombre de grupo, y que la situación no tiene nada del "tumulto cotidiano". Aquellos hombres están, pues, no tan solo condenados a ser libres, sino también a ser auténticos y, por lo tanto, a no morir. Cada cual se halla en distinta situación, ya sea por edad, por su sexo, por su pasado o por su condición física.

La condición de Henri es la de no hablar. Así su condición o su honor queda salvo. En cambio, la situación de Lucie es de ser heroína. Pocas horas antes de su tortura no se cansaba de preguntarse si podría soportar "con éxito" aquellos golpes. La tortura concluyó y ella ha ganado; no gritó, no habló, dominó constantemente a los verdugos con su mirada.

Para Carnois, el auténtico valor consiste en continuar. También ha vencido. El mismo reconoce su victoria y le importa poco hacérsela reconocer a los verdugos. Mañana su libertad

continuará y él la seguirá asumiendo consciente y responsablemente.

Así Sartre se opone completamente y con la mayor sencillez posible a que la elección auténtica no es la elección de la muerte.

En la perfecta soledad de la salvación, el hombre auténtico adquiere el sentido del hiper-dominio; tal es el caso de Orestes, de Carnois y aún el de Mateo en "El Aplazamiento".

Después de haber expuesto los aspectos más importantes que conciernen a la libertad de Sartre, y antes de definir la misma, presentaremos las CARACTERISTICAS DE LA LIBERTAD EXISTENCIALISTA.

La Libertad Existencialista es, ante todo, *todopoderosa*. No en el sentido de Omnipotente, sino en el sentido de sus posibilidades. El individuo tiene que hacerse, y ante este hacerse están abiertas todas las posibilidades.

Al ser esta Libertad todopoderosa, es también *eternamente posible*, sin límite de tiempo. Aquí radica la esperanza existencialista, que es una esperanza optimista.

Esta libertad se va apropiando de los atributos de Dios.

También está caracterizada por ser *infinita* en todo e igual en todos.

Es también una libertad *indeterminada* porque está por hacerse y no se sujeta a ninguna ley divina.

Vistas estas características esenciales podemos decir que la libertad específicamente en Sartre es esencialmente humana pero, no hay que concebirla como una propiedad de la esencia del individuo, como si viniera a unirse a una esencia ya construida. La libertad Sartiana precese a la esencia y la hace posible, ya que la esencia humana se halla en suspenso en la libertad y ésta es fundamento de la esencia.

...no puedo, pues, considerar una esencia de la libertad. Al contrario, la libertad es el fundamento de todas las esencias. (31)

Esta libertad no es un ser divorciado del ser del hombre; es el mismo ser del individuo, es decir, su nada de ser. Por lo tanto, la libertad así concebida, no puede ni conocerse ni definirse como algo separado del hombre porque su ser es el mismo del hombre y como tal escapa a las determinaciones naturales. Esta libertad constituye la esencia de la existencia.

El individuo no es primero para ser libre después; no hay diferencia entre su ser existente y su ser libre.

Por esta libertad, la persona no es tanto un objeto o un sujeto, es proyecto, una posibilidad de existencia nueva más allá de su situación presente; es una libertad pura que conduce a un poder de creación inagotable.

Cada persona está en libertad de dar un sentido a su situación, primero asumiéndola, viviéndola con plena conciencia y luego, superándola; eligiendo su fin particular.

Es una LIBERTAD ABSOLUTA. Para lo único que la persona no es libre es para elegir su libertad ya que ha sido arrojado a la existencia libre, por lo que está condenado a ser libre. No puede tener otro límite que ella misma o si se prefiere, que no somos libres de dejar de ser libres. Cada individuo es libre porque no es sí mismo, sino que es presencia de sí; el ser que es lo que es no sabría ser libre. La Libertad es precisamente la nada que ha sido en el corazón del hombre y que "constrañe" a la realidad humana a hacer en lugar de ser. Para la realidad humana, ser es elegirse.

Esta Libertad absoluta está vinculada con la acción. La primera condición de la acción es la Libertad.

El individuo tiene el peso constante de la Libertad. No puede ser ahora libre, después esclavo. Es enteramente libre.

La principal consecuencia de esta Libertad, Sartre la concibe como una gran responsabilidad.

La consecuencia esencial de nuestras observaciones anteriores es que el hombre, al estar condenado a ser libre, lleva sobre sus hombros el peso íntegro del mundo, es responsable del mundo y de sí mismo. 32

Sartre toma la palabra responsabilidad en su sentido trivial de conciencia, de ser el autor incontestable de un acaecimiento. En dicho sentido, la responsabilidad es agobiadora, puesto que es aquella por quien hay un mundo, y es también aquella que se hace ser. Cualquiera que sea la situación en que se encuentre el individuo tiene que asumirla enteramente con la propia adversidad aunque ésta sea insostenible; tiene que asumirla con la conciencia de ser autor de ella.

Esta responsabilidad no es aceptación sino que es simple reivindicación lógica de las consecuencias de la libertad absoluta. Todo lo que le ocurre a una persona le ocurre por sí mismo y es propio de esa persona.

Es una responsabilidad que también se caracteriza por ser absoluta. Esta misma consecuencia se capta en la angustia existencial. Así llegamos a la segunda consecuencia de la libertad sartriana que es la angustia, puesto que el individuo se capta a sí mismo en ella.

Si el individuo se capta a sí mismo en la angustia como un ser que no es fundamento ni de su propio ser, ni del ser del otro, está obligado a decidir sobre el sentido de ser, en él y fuera de él.

Quien realiza en la angustia su condición de ser arrojado en su responsabilidad que se revierte sobre su misma "derelicción", no tiene ya remordimiento, ni pesar, ni excusa, no es ya sino una libertad que se descubre perfectamente a sí misma y cuyo ser reside en ese mismo descubrimiento.

La misma angustia es el modo de ser de la libertad como conciencia de ser; es en la angustia en donde la libertad está en su ser. Sólo en la angustia puede el individuo darse cuenta de la total ineficacia de una resolución pasada. Esta resolución está presente pero ya superada.

En su obra "La Edad de la Razón", Sartre nos dice que "una vida se hace con el porvenir como los cuerpos se hacen con el vacío. Aquí es donde nace la angustia, que es el propio sentido de la derelicción" y de la absoluta libertad. Esta angustia se adorna de un carácter moral cuando un individuo se considera en su relación original unido a los valores. Estos,

erigen un fundamento, pero este fundamento no puede estar constituido por el ser, puesto que en ese caso, el valor sería determinado por el mismo ser, como un efecto por una causa y, perdería a la vez su autonomía y su valor. Este fundamento sólo puede revelarse a una libertad activa, que lo hace existir como valor únicamente porque lo reconoce como tal.

Así pues, la libertad es el único fundamento de los valores y nada justifica que se adopte otro valor. "Yo soy el ser por el cual los valores existen, pero, como tal, soy injustificable y sin excusa. Soy el fundamento sin fundamento de los valores". "El Ser y la Nada" (Pág. 74.) Esto es lo que se experimenta en la angustia, que es una toma de posesión reflexiva de la libertad por sí misma; y la angustia aumenta al darnos cuenta de que los valores no pueden existir sin poder ser puestos en cuestión, puesto que nos reconocemos como libres, es decir, capaces de invertir la escala de los valores..

El individuo puede adoptarse con respecto a la angustia conductas de evasión. Una de ellas consiste en refugiarse en la creencia de un determinismo que proporciona un repertorio de excusas. Así, el individuo reintegrado al seno del ser, dispensado de emerger constantemente como un yo más allá de su propia esencia, acepta no ser jamás lo que él es, oponiéndose la distracción a las reclamaciones de una libertad de la que no se puede despojar, pero de la cual no se sirve más que para renunciar a ella.

La evasión ante la angustia puede ser también un ensayo para desarmar la amenaza de pasado. En efecto, mi libertad debe intercalar constantemente una nada, una falla, entre mi pasado y mi porvenir, pues de lo contrario, el primero determinaría al segundo, y se haría imposible la libertad. Pero, el individuo tiende a huir de la angustia que le impone esa necesidad perpetua de volverse a encontrar más allá de sí mismo, hacia un futuro que, a su vez, se escapa continuamente. El artificio consistirá, en esta ocasión, en imaginar la libertad como residiendo en mi yo, siendo así que, es el yo quien existe a partir de la libertad.

Estos medios de exorcizar la angustia son, desde el punto de vista sartriano, ineficaces. Se la puede velar un momento pero no suprimirla. Se intenta no verla, pero para ésto hay que pensar en ella para intentar poder evitarla. En ese caso somos la angustia según el modo de serlo, somos evasiones de angustias, lo cual sigue siendo angustia. Y es a la vez, la forma de la mala fe.

... la mayor parte de las veces rehuímos la angustia en la mala fe. (33).

Quien practica la mala fe, trata de enmascararse una verdad, o de presentar como verdad un error agradable; la mala fe tiene, en apariencia, la estructura de la mentira. Sólo que en la mala fe, el individuo mismo enmascara la verdad; así, la dualidad del engañador y el engañado no se da en este caso. Por esencia, la mala fe implica la unidad de una conciencia. El individuo no padece esta mala fe, no está infectada por ella, no es un estado; sino que la conciencia se afecta a sí misma de la mala fe.

Es necesaria una intención primero y un proyecto de mala fe; este proyecto implica una comprensión de la mala fe como tal y una captación prereflexiva de la conciencia como efectuándose la mala fe. De aquí se sigue que aquel a quien se miente y aquel que miente son una sola y misma persona, cosa que significa para Sartre que el individuo como engañador debe saber y conocer la verdad para ocultársela con mayor cuidado.

Aquel que se afecta de mala fe debe tener conciencia de ella, ya que el ser de la conciencia es conciencia de ser. Entonces, debe ser de buena fe, por lo menos en el hecho de que se es consciente de la mala fe. Pero, aquí surge el problema de que todo el sistema psíquico se aniquila.

Si se trata deliberada y cínicamente de mentirse, se fracasa ya que la mentira retrocede y se desmorona ante la mirada, queda arruinada por la autoconciencia de mentirse.

Para escapar a la dificultad planteada, se suele recurrir al inconsciente. En la interpretación psicoanalista se utilizará la

hipótesis que Sartre llama de "*censura*, concebida como una línea de demarcación con aduana, servicios de pasaportes, etc." (S.N. Pág. 96), para así establecer la dualidad del engañador y el engañado.

Si el individuo es lo que es, la mala fe es imposible y la franqueza deja de ser su ideal para convertirse en su ser; pero surge la pregunta: ¿El individuo es lo que es? ; y de una forma general: ¿Cómo se puede ser lo que se es, cuando se es como conciencia de ser? : es necesario que nos hagamos ser lo que somos y tenemos la obligación de hacernos ser lo que somos. Sólo así no se escapa a la angustia y ésta se nos pregunta "como la captación reflexiva de la libertad por ella misma". (S.N. Pág. 83).

A modo de conclusión podemos decir que para Sartre la realidad humana no tiene sentido alguno. Es algo sin razón, es un absurdo realizado.

En el aspecto moral predomina el tema de lo absurdo de la naturaleza humana. Este ser sin razón alguna, sin sentido, es el que estamos viviendo. Encerrados en esta vida sin sentido, en esta libertad absoluta a la que estamos condenados, dirigidos necesariamente hacia un ideal absurdo porque es un fracaso; y reclusos en una cárcel sin salida (A puerta Cerrada), somos simplemente para Sartre, una absurdidad .

Desde el punto de vista filosófico, Sartre nos da como conclusión básica, que la realidad humana es un absurdo. En cambio, en literatura, predomina el aspecto de la realidad humana como degradación.

Pero, ¿es realmente tan imposible extraer de Sartre ninguna clase de consolación? ¿Es todo en él verdaderamente tan negro y sucio? Eróstrado era un hombre malvado y la policía logra capturarlo. Pirette quería que Lulú abandonara a su marido y ésta se queda finalmente con él. El autodidacta tenía malas costumbres, encontró en la biblioteca a quién dirigirse y éste lo humilló como lo merecía. Los malos fueron castigados ¿No representa todo esto el arranque de una moralidad estimulante?

Además, otros puntos muy positivos aportados por Sartre son los siguientes:

- Lucidez sobre la condición humana, en sus aspectos negativos de dolor y pecado.
- Denuncia de la injusticia social
- Valoración de la libertad y de la responsabilidad
- Valoración de la noción de nada.

En sus "Situaciones VII", el mismo Sartre nos confiesa: "Ante un niño que muere de hambre, la náusea no tiene ningún peso". (Pág. 329).

Notas:

- 1) Jean – Paul Sartre; Las Palabras. Ed. Losada, Buenos Aires, 1965 Págs. 81–82 (En adelante será citada L. P.).
- 2) Sartre, L. P. Pág. 91
- 3) Idem.
- 4) Sartre, L. P. Pág. 8
- 5) Idem. Pág. 14
- 6) Sartre, L. P. Pág. 71
- 7) Idem. Pág. 109
- 8) Sartre, L. P. Págs. 91-92
- 9) Idem. Pág. 109
- 10) Idem. Pág. 109
- 11) Sartre, L. P. Pág. 155
- 12) Sartre, L. P. Pág. Pág. 110
- 13) Sartre, L. P. Pág. 111
- 14) Idem.
- 15) Sartre, L. P. Pág. 150
- 16) Jean–Paul Sartre. Situación IV. Ed. Gallimar, París, 1965 Pág. 156
- 17) Sartre, L. P. Págs. 209–210
- 18) Sartre, L. P. Pág. 210
- 19) Jeann–Paul Sartre; El Ser y La Nada. Ed. Losada, Buenos Aires 1972 Pág. 545 (En adelante será citada S.N.)
- 20) Jean–Paul Sartre; La República del Silencio. Ed. Losada, Buenos Aires. 1968. Pág. 12
- 21) Idem. Págs. 12–13
- 22) Jean–Paul Sartre; La Náusea. Ed. Epoca, México. 1967. Pág. 28
- 23) Sartre, S.N. Pág. 548
- 24) Idem.
- 25) Jean–Paul Sartre; Teatro: Las Moscas. Ed. Losada; Buenos Aires 1962.

- 26) Idem. Pág. 50
- 27) Idem. Pág.44
- 28) Idem
- 29) Idem Pág.55
- 30) Idem. Pág.58
- 31) Sartre, S.N. Pág. 543
- 32) Sartre, S.N. Pág. 625
- 33) Sartre, S.N. Pág.679

EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Karl Löwith

El materialismo histórico del movimiento revolucionario de los años 40 del siglo pasado en su forma más radical no se propone Marx diferenciar la causa de la revolución burguesa-capitalista, sino explicar la consecuencia del proceso histórico total. Verdad es que el autor de La Crítica de la economía política y de El Capital había señalado ciertas con el antiguo "materialismo filosófico", fundamentado por el análisis económico sobre "estructuras" de la sociedad civil, para indicar, como "superestructuras" según el uso Marx un elemento de estudio algebras extraordinario. Su propósito, como en sus anteriores historias del hecho de clases en 1845, 1847 y 1850, La guerra civil en Francia y El 18 Brumario de Luis Bonaparte, cuando empezó su trabajo de la fundación de El Manifiesto Comunista y en El Capital ya que siempre se fundamenta de estos dos libros en el análisis de las relaciones de la clase y de las relaciones entre el trabajo y el capital, desde la perspectiva de todas estas categorías en una construcción tan clara más simple. De la misma manera que usual en la filosofía y = C. Sur (1) en la biología, Marx fundamenta, como en la perspectiva de la ciencia especial en un momento de la historia.